

**epsys**

anuario 2007

[www.eepsys.com](http://www.eepsys.com)

**ISSN 2013-1879**

## Index

la máquina cultural y el sujeto dividido .....	2
DAVID MOSCOVICH	
videoarte y apropiacionismo .....	6
RAFAEL PINILLA	
salir de la depresión: la muerte en el cuerpo como metáfora de un duelo.....	9
CÉSAR CEBALLOS, NATALIA MOLINA, JANNINA SENIOR, ANAMARÍA ZULOAGA	
cuando la institución educativa se vuelve un "ajeno inquietante" para los jóvenes.....	20
ALEJANDRO KLEIN	



**Reconocimiento - NoComercial - SinObraDerivada (by-nc-nd)**

No se permite un uso comercial de la obra original ni la generación de obras derivadas

## la máquina cultural y el sujeto dividido

DAVID MOSCOVICH

psicólogo

Artículo reproducido con autorización de la revista *Topia. Psicoanálisis, sociedad y cultura*

A veces resulta difícil plasmar sobre la hoja escrita aquellos conceptos e ideas necesarios para abordar determinada cuestión científica, y es evidente que una dificultad tal se ve acrecentada cuando se trata sobre temas referidos a las ciencias sociales y psicológicas, en las cuales el grado de abstracción conceptual en muchas ocasiones conspira en contra de la claridad necesaria para que la exposición sea comprensible y no deje lugar a dudas acerca de la intención del autor. Estamos ante un problema inherente a tales ciencias o disciplinas, dadas las complejidades del psiquismo del hombre y de sus relaciones sociales. En este punto, debemos admitir que la idea o el concepto de cultura, si es que nos proponemos establecer su alcance y su "peso específico", no se puede delimitar de manera ligera. Es más, vamos a partir de la hipótesis provisional de que la oposición que tiende a establecerse habitualmente entre cultura y sujeto debe ser revisada, y de este modo la idea de un sujeto independiente y delimitado del resto de las individualidades, y en todo caso sólo atravesado o descentrado por lo inconsciente, va a quedar cuestionada.

En este contexto podrá resultar llamativo o quizá escandaloso hablar de la cultura como un sujeto, o más directamente de subjetividad cultural, y esto es lo que tengo la intención de desarrollar, consciente de las imprecisiones conceptuales y de las dificultades que puedan aparecer en este recorrido. Voy a referirme a esta cuestión como al eje central de las ideas que estoy exponiendo, pero antes creo que debemos considerar hasta qué punto, en la praxis psicoanalítica, le prestamos atención suficiente a la intrusión de lo cultural o lo social en el sujeto, cuánto profundizamos en la indagación de las relaciones del sujeto con las instituciones y en su posible efecto patógeno.

El análisis profundo de los dinamismos culturales que podemos realizar hoy nos llevaría a pensar que la construcción de la subjetividad no puede diferenciarse claramente de la constitución de los procesos sociales. Dicho de otro modo: el conjunto social se halla tan estrechamente interrelacionado con los individuos que lo componen que se hace muy difícil establecer una línea demarcatoria. O mejor todavía: se nos figura borrosa la frontera que separaría a la sociedad del sujeto. Por eso, quizá no resulte tan extraño hablar de subjetividad cultural, queriendo destacar así la consistencia de esa maquinaria de esa maquinaria infernal que es la cultura. Pero si mencionamos ya la frontera borrosa que demarca el territorio cultural del territorio subjetivo, ¿cómo podemos ahora referirnos a la consistencia de la subjetividad cultural? Y es que en principio, la cultura está hecha de relaciones sociales de las que son partícipes sus miembros individuales, y quizá hasta se pueda llegar a decir que la cultura es eso: las relaciones sociales establecidas entre los sujetos. Vamos a referirnos a la cultura como a una entidad de existencia propia, separada en realidad de los sujetos que la componen, portadora de un discurso que trasciende lo individual y que posee una subjetividad –si se me permite la expresión– que es distinta a la del sujeto del inconsciente, que nada tiene que ver con el yo, pues no posee en sí un "aparato psíquico" y sin embargo piensa –eso piensa–, produce hechos y tiene leyes con las cuales funciona y se empeña en lograr sus objetivos. Cuando digo: separada de los sujetos, me refiero a que los dinamismos propios de las relaciones sociales alcanzan un nivel de complejidad tal que trascienden los espacios subjetivos y se constituyen en sí mismos como la expresión de un nuevo sujeto que funciona

de manera autónoma y automática. Esta subjetividad cultural funciona entonces con leyes propias que llegan inclusive a estar fuera del control de los seres humanos: a eso me refiero cuando hablo de automatismo. ¿No contemplamos, a veces, impávidos y espantados, los horrores de las guerras y las escaladas de violencia con la sensación de que los responsables de las decisiones, que los hay sin duda, responden en realidad y sin saberlo a poderes que los sobrepasan? ¿No vemos acaso cómo millones de seres humanos se consumen en la miseria más cruel en función de lo que dictan las "leyes del mercado"? Estos son sólo algunos ejemplos banales pero la cosa es más profunda, y tampoco se trata de eludir el criterio de responsabilidad subjetiva de cada quien. Todos sabemos que la potencia del norte eligió al "presidente del mundo", y habrá que preguntarle al sistema democrático dónde está la falla, a pesar de que parece ser el mejor sistema que tenemos, para que estemos todos en manos de un psicópata, o un desquiciado. De todos modos, los avatares de la política hay que dejarlos para los entendidos, y volvamos humildemente a nuestra cuestión, para ver si podemos pisar en terreno seguro.

¿Y cuál es la ley fundamental de la cultura, aquella que sostiene su funcionamiento y le genera tanto sufrimiento al sujeto? No hablamos del origen de la cultura, lo cual nos remitiría al asesinato del padre y a *Tótem y Tabú*, ni al deslinde entre naturaleza y cultura que significa la ley de prohibición del incesto, sino de aquella ley que está en el corazón, por así decir, del engranaje de esta máquina cultural: voy a llamarla, simplemente, la ley del poder. Es algo por todos conocido que el poder, con todas las oscuridades que encierra como concepto, produce efectos notorios y bien localizables sobre el Todo-Social, y también sobre el sujeto: el poder se muestra sin disimulos en las instituciones totales, como la penitenciaría y el hospital psiquiátrico, pero también se evidencia en las escuelas, las iglesias y en las familias. Es una parte intrínseca de la estructura social. Y sin embargo, no parece tarea sencilla el definir su modo de funcionamiento y cuáles son los efectos reales de su potencia sobre el sujeto singular. Sí podemos decir que tales efectos le llegan a nuestro sujeto a través del tamiz de las instituciones sociales que conforman el Todo-Social. Y bien; ¿qué es el poder? ¿Cómo se ejercita? ¿Quién lo detenta? Cito un párrafo de *Microfísica del Poder*: "Para hacer un análisis del poder que no sea económico, ¿de qué disponemos actualmente? Creo que de muy poco. Disponemos en primer lugar de la afirmación de que la apropiación y el poder no se dan, no se cambian ni se retoman sino que se ejercitan, no existen más que en acto. (...) el poder no es principalmente mantenimiento ni reproducción de las relaciones económicas sino ante todo una relación de fuerza. La pregunta consistiría pues ahora en saber: si el poder se ejerce, ¿qué es este ejercicio? ¿en qué consiste? ¿cuál es su funcionamiento?. Hay una respuesta inmediata que me parece proviene de muchos análisis actuales: el poder es esencialmente lo que reprime. El poder reprime la naturaleza, los instintos, a una clase, a los individuos." Y más adelante: "Siempre se ha estado en desacuerdo, en concreto en lo que se refiere a esta noción de represión. Respecto a las genealogías de las que he hablado, la historia del derecho penal, del poder psiquiátrico, del control de la sexualidad infantil, etc., he intentado mostraros cómo los mecanismos que se ponían en funcionamiento en esta formación del poder eran algo diferente, y de cualquier modo mucho más que represión."(1)- Es decir, la noción de represión es en realidad insuficiente para el análisis del poder. Siguiendo esta línea de pensamiento, podemos afirmar que el poder no busca esencialmente reprimir, sino que persigue más bien dos efectos que se complementan y apuntan sus cañones al objetivo de mantener el control social, conteniendo los desbordes subjetivos, más peligrosos quizá que las revueltas o las revoluciones. Esos efectos son: el orden y la regularidad. Mucho más que la represión, están presentes de manera visible y de modo potencial en todas las instituciones sociales.

Se desprende de todo esto que voy a dedicarme a pensar el costado, digamos, negativo del poder, y no los efectos positivos que, según Foucault, pueden desprenderse de su ejercicio.

Esta apretada introducción a la temática del poder ha resultado ineludible en virtud de la cuestión que deseo analizar aquí: el lugar del sujeto, del deseo inconsciente tal como lo entendemos en el psicoanálisis, en relación a los mecanismos del poder que lo sojuzgan, lo postergan y lo domestican siempre que se manifiesta, incluso más allá del dispositivo analítico.

El punto entonces sería el siguiente: preguntarnos qué tiene de peligroso y de inquietante el advenimiento del deseo, la emergencia de lo Real, la insistencia de la pulsión, para que el poder persiga todo el tiempo la misma finalidad de ordenar y regularizar eso que "se sale de cuadro". Así, vamos a poner en una misma línea al poder, al control social y al trabajo del inconsciente en tanto discurso del amo, porque nada quieren saber acerca de la diferencia radical, lo Real del deseo. En efecto, el inconsciente reprimido, dinámico, ejerce un control sobre la emergencia de lo Real, y esto lo hace por la vía de la atribución de sentido: es la envoltura formal, significante, del hueso de lo Real. Podemos decir que el inconsciente también quiere el orden y la regularidad. El trabajo analítico va en el sentido contrario.

Así, si uno se preguntara qué desea la cultura, podemos afirmar: quiere que la cosa funcione, reproducir el orden establecido, contener el deseo. Viene en nuestra ayuda algo que Piera Aulagnier expresa de manera muy clara: "El discurso social proyecta sobre el infans la misma anticipación que la que caracteriza al discurso parental: mucho antes de que el nuevo sujeto haya nacido, el grupo habrá precatectizado el lugar que se supondrá que ocupará, con la esperanza de que él transmita idénticamente el modelo sociocultural... Se instaure así un pacto de intercambio: el grupo garantiza la transferencia sobre el nuevo ser del reconocimiento que tenía el desaparecido; el nuevo miembro se compromete... a repetir el mismo fragmento de discurso." (2).

Y sin embargo, algo diverso viene a hacer peligrar el desarrollo hasta aquí esbozado, agregando incertidumbre y dudas sobre las afirmaciones aquí planteadas. En *Introducción del narcisismo* Freud plantea la división del sujeto de una manera muy particular: "El individuo lleva realmente una existencia doble, en cuanto es fin para sí mismo y eslabón dentro de una cadena de la cual es tributario contra su voluntad, o, al menos, sin que medie esta." (3). Justamente, esta sujeción a la cultura, que atraviesa al sujeto, es quizá la causa profunda del sufrimiento psíquico y el fundamento de muchos trastornos patológicos. Pero lo que aquí importa destacar es lo siguiente: sabemos, como queda expresado en *El malestar en la cultura*, "La investigación y el tratamiento de las neurosis nos han llevado a sustentar dos acusaciones contra el superyó del individuo: con la severidad de sus preceptos y prohibiciones se despreocupa demasiado de la felicidad del yo... al emprender nuestro objetivo terapéutico, muchas veces nos vemos obligados a luchar contra el superyó, esforzándonos por atenuar sus pretensiones. Podemos oponer objeciones muy análogas contra las exigencias éticas del superyó cultural." (4). El superyó, cuya resistencia en la cura analítica se manifiesta a través del sentimiento inconsciente de culpabilidad y la necesidad de castigo, es el lugarteniente de la cultura, como Freud lo señala en el mismo ensayo: "Por consiguiente, la cultura domina la peligrosa inclinación agresiva del individuo debilitando a éste, desarmándolo y haciéndolo vigilar por un instancia alojada en su interior, como una guarnición militar en la ciudad conquistada." (op. Cit. En 4). Pensemos en el enlace que puede existir entre aquello que llamamos la "ley del poder", nódulo del funcionamiento cultural, y el superyó como instancia psíquica, heredero del ello, heredero del complejo de edipo, pero también de la cultura. Por una parte, el orden y la regularidad que ubicamos como el ideal cultural que el poder persigue, podrían homologarse a ciertas funciones del superyó como instancia censora y vigilante del yo, pues el deseo inconsciente, como ya señalamos, atenta contra la cultura, pone en cuestión su tendencia a la repetición de lo instituido, y no es domesticable, es decir, se opone a la renuncia pulsional que aquella demanda.

Creo que debería pensarse y reflexionar hasta qué punto los psicoanalistas dejamos por fuera del dispositivo estos elementos que hacen a la relación del sujeto con el Todo-Social; nos preguntamos entonces por qué no trabajar en pos de que el sujeto en tratamiento descubra las "leyes de la cultura" que están interiorizadas en calidad de superyó, para que advierta su posición de sirviente de esa máquina infernal que es la cultura. Quizá las perspectivas de la cura analítica serían otras, y muchos los descubrimientos que pueda deparar esa clínica del superyó cultural. Claro es que no se puede ser demasiado optimista: la reacción terapéutica negativa, la necesidad de castigo, el masoquismo primario, constituye el mayor obstáculo al avance del tratamiento y son las coordenadas clínicas de la otra cara del superyó: el imperativo de goce, y la pulsión de muerte. Nos quedará entonces investigar el hecho de que, si como sostuvimos, la cultura y el sujeto no se encuentran de ningún modo en franca oposición sino que más bien aquella está internalizada en nuestro propio psiquismo, quizá la pulsión de muerte opere también a un nivel más elevado, esto es, en el de la propia cultura, que manifestaría así su propia tendencia a la destrucción de sí y al retorno a un estado anterior. Las guerras y atrocidades cometidas por el hombre contra el hombre son un claro componente de esa tendencia a la autodestrucción; expresiones de la pulsión de muerte que obra en el ser humano, pero también de la máquina cultural que, a través de sus propios mecanismos reproductores de lo mismo –orden y regularidad– en el fondo busca su fin, arrastrando con ello al sujeto. ¿Podrá el ser humano enfrentar con otras armas a esta máquina infernal?

#### Referencias

1. MICHEL FOUCAULT: *Microfísica del Poder*. E. La Piqueta, tercera edición, 1992.
2. PIERA AULAGNIER: *La Violencia de la Interpretación*. Ed. Amorrortu, Bs. As., 1977.
3. FREUD, SIGMUND: *Introducción del Narcisismo*, AE, Obras Completas, 1993.
4. FREUD, SIGMUND: *El Malestar en la Cultura*, AE, Obras Completas, 1993.

## videoarte y apropiacionismo

RAFEL PINILLA

licenciado en historia del arte

La década de los 60 es un período de especial relevancia en el campo creativo; en esta época aparecerán una diversidad llamativa de lenguajes artísticos que convivirán e incluso interactuarán entre ellos. Es la época de la ambigüedad del pop art, del reduccionismo del minimal, de las intervenciones paisajísticas del land art o de la irreverencia transgresora de Fluxus. También durante esta década y la siguiente los artistas intentarán vincular más que nunca el arte a la vida; son tiempos en que el objeto artístico tiende a una progresiva desmaterialización y la obra de arte aparece muchas veces ligada al entorno más inmediato.

En estos años se estaban produciendo tanto en Europa como en Estados Unidos una serie de fenómenos que sin duda condicionarán decisivamente a la sociedad y a la práctica artística del momento. Se había salido del conformismo de la década anterior y se imponían nuevos cambios; además, la crispada situación socio-política no propiciaba precisamente el inmovilismo. En Estados Unidos moría asesinado Kennedy, estallaban violentos disturbios raciales y se enviaban tropas a Vietnam. Será una época de revueltas y de ideas revolucionarias que pretenderán cambiar el mundo; aparecerá con fuerza el pacifismo, surgirán las comunas de hippies, y se producirán unas revueltas estudiantiles que marcarían para siempre a toda una generación.

Junto a todo esto, el inicio de la década vendrá también caracterizado por el creciente poder del control informativo. Son tiempos en que la enorme presencia de televisiones, radios y prensa están llamados a condicionar poderosamente la forma de pensar del hombre occidental. Sin embargo, a pesar de ello, los sectores más críticos de una sociedad cada vez más desengañada y combativa reaccionarán ante la unidireccionalidad manipuladora de los mass-media.

Precisamente hay que relacionar los orígenes del vídeo y su incorporación a la práctica artística con esta oposición militante y combativa a los medios de comunicación, y de forma más concreta a la televisión. Además de esta actitud contrainformativa, el vídeo también aparecerá ligado a lenguajes interdisciplinarios y anti-objeto de los artistas del happening, la performance o el grupo Fluxus.

Vinculado a Fluxus aparece la figura de Nam June Paik, uno de los pioneros -si no el pionero- del videoarte. Este histriónico coreano coincidirá con el alemán Wolf Vostell en la ciudad de Colonia; precisamente en los famosos estudios de la WDR-TV ambos iniciarán sus primeras experiencias con el medio televisivo. En 1963 Paik y Vostell mostrarán sus primeras realizaciones artísticas con aparatos de televisión. En 1965 Paik llevará a cabo su primera exposición personal en la ciudad de Nueva York. Ese mismo año logrará adquirir un portapack de Sony antes de su comercialización y con el filmará la primera obra con un equipo portátil de vídeo.

Estas experiencias pre-vídeo serán anteriores a la definitiva comercialización en Estados Unidos del portapack; con el lanzamiento de Sony del equipo portátil de vídeo en 1968 es cuando se iniciará la larga carrera del videoarte. Poco a poco el nuevo medio se irá incorporando a todo tipo de disciplinas artísticas -música, danza, performance-, también pronto tendrá lugar la primera muestra monográfica sobre videoarte en Estados Unidos.

Después de estas primeras experiencias, el vídeo atravesará un importante desarrollo en las siguientes dos décadas; de hecho la lista de artistas que se afiliarán al vídeo podría ser lo suficientemente extensa como para poner de relieve que pronto la videocreación será asimilada y absorbida por los circuitos artísticos comerciales. Precisamente esta asimilación institucional coincidirá con la crisis de la modernidad y el inicio de la era postmoderna. A pesar de todo, el videoarte no morirá con la modernidad y continuará su trayectoria, una trayectoria realmente rica y heterogénea plagada de propuestas e ideas particulares.

Una de las prácticas artísticas más peculiares que aparecerá ligada al fenómeno del vídeo será el denominado found-footage. Muchos artistas se interesarán por las posibilidades del collage y la apropiación aplicada al terreno del vídeo. Así, alrededor de los años 60 aparecerán una serie de creadores y colectivos que articularán un discurso visual a partir de todo tipo de fragmentos de filmes o programas televisivos. Esta corriente tendría sus antecedentes en la plástica cubista de Picasso o Braque y en las aportaciones dadaístas de Schwitters, Arp o Ernst. También aparecerá una estrecha conexión con los movimientos pop y su interés en la acumulación de lenguajes relacionados con los medios de comunicación y la publicidad.

Sin embargo, además de las corrientes de vanguardia, el recurso del collage y la apropiación de la imagen -en este caso filmada- será utilizado por la misma industria cinematográfica. Si se presta atención, ya desde el primer cine se observa el recurso de la incorporación de fragmentos extraídos de otras fuentes filmadas. Y no sólo el cine utilizará el recurso del reciclaje o la apropiación de imágenes; si observamos la televisión contemporánea, cualquier noticiario, serie, spot o video-clip utiliza con alegría el recurso de la usurpación audiovisual. En cualquier caso esto pone de relieve que la práctica del collage, apropiación o reciclaje fílmico se remonta al mismo origen del medio audiovisual.

La obra basada en el reciclaje y la apropiación plantea una serie de interesantes cuestiones. Este tipo de obras prescinden de la filmación convencional y del rodaje; se trata de un tipo de realización de bajo coste. Los artistas del reciclaje audiovisual son conscientes de la inmensa cantidad de imágenes que pueblan el entorno del hombre moderno; existen una gran cantidad de obras filmadas que pueden ser reutilizadas con otros fines. Precisamente en este último punto se encuentra la idea principal del film de reciclaje; la manipulación y reordenación a la que el artista somete la imagen propicia una nueva visión; esta nueva mirada oscila normalmente entre la crítica visceral o el simple ludismo. En cualquier caso la imagen primigenia propiciará sin quererlo una nueva lectura de ella misma.

De todos los creadores vinculados a este tipo de obras basadas en la sustracción cinematográfica y su posterior manipulación, merece una especial atención por su radicalidad los grupos situacionistas y letristas. Estos dos grupos, con un carácter abiertamente combativo, contarán con la militancia en sus filas de personalidades como Guy Debord, Cécile Fontaine o Roland Sabatier. Estos colectivos cuestionarán la propia imagen filmada a través de todo tipo de intervenciones y acciones directas sobre el mismo film. Así, en muchas de sus obras, se agredirá de forma virulenta la imagen y el sonido, atacando violentamente a la vacía y hueca reproducción realista.

Estas agresiones consistirán a veces en el raspado, la ralladura o incluso el perforado de la cinta con todo tipo de elementos y sustancias. Junto a este ataque a la fidelidad realista de la imagen, también se pretenderá la total adulteración del sonido original a través de interferencias y distorsiones. Estas actitudes agresoras implican una destrucción radical del material sonoro y visual de la película, impidiendo al espectador la simple contemplación estética de la obra en cuestión. En cualquier caso estos grupos basarán su discurso en la acción

y en la agresión de la imagen apropiada. Al final, además del ataque virulento a la imagen, también se pretenderá en última instancia la agresión al espectador convencional; un espectador que, como ocurre hoy en día, aparece sumido en la más absoluta de las parálisis.

Quizás una nueva actitud iconoclasta ante la sobresaturación visual que hoy padecemos no esté demasiado en consonancia con los tiempos que corren. En pocos años la densidad de la iconosfera se ha ampliado considerablemente; el hombre actual aparece envuelto en un torbellino de imágenes, las nuevas tecnologías permiten incluso sumergirse en ellas. Es por eso que una actitud crítica ante la imagen -ya sea cinematográfica, televisiva o infográfica- y su casi siempre vacío contenido, se hace necesario por no decir vital.

## salir de la depresión: la muerte en el cuerpo como metáfora de un duelo

CÉSAR CEBALLOS, NATALIA MOLINA, JANNINA SENIOR, ANAMARÍA ZULOAGA  
psicólogos

### Resumen

El objetivo de la investigación consistió en analizar aquellas experiencias significativas que la persona considera le permitieron sentirse mejor en lo que respecta a la vivencia de la depresión. La muestra estuvo constituida por ocho personas que participaron voluntariamente relatando su vivencia. Se encontró que fue necesario contextualizar su experiencia para hablar de lo que les ayudó, a partir de lo cual surgieron las categorías: Explicación sobre el origen, proceso diagnóstico, cómo vivió su depresión, elementos motivadores, qué ayudó a sentirse mejor y proceso de mejoría. Los hallazgos indicaron que la búsqueda de ayuda fue motivada por el reconocimiento del malestar en el cuerpo, lo cual los llevó a preguntarse acerca de sí mismos. Así, lo significado como ayudador va a estar en relación con asumir o no la participación subjetiva en la depresión. La búsqueda de respuestas a la depresión tuvo gran influencia en los caminos que tomaron para salir de la depresión y en la reflexión acerca de sí mismos que quedó tras la salida, y también en lo que significaba para ellos la mejoría: recuperarse o transformarse.

**Palabras clave:** depresión, cuerpo, duelo, muerte simbólica, sentirse mejor

### Abstract

The objective of this investigation consisted in analyzing those significant experiences that the person considers allowed him to feel better with regard to the experience of the depression. The sample was formed by eight people who participated voluntarily relating their experience. It was found that they needed to contextualize their experience to speak about what helped them, so the categories arose based on those statements: explanation about the origin of the depression, diagnosis process, how their depression was lived, elements of motivation, what helped them to feel better, and improvement process. The findings indicated that the aid search was motivated by the recognition of the physical indisposition that led them to question about themselves. Therefore what had the meaning of helper was related with assuming or not their subjective participation in the depression. The search for answers to the depression had great influence in the ways they followed in order to leave behind the depression and in the reflection about themselves that arose after the depression was over. This search also and influenced in what the improvement meant for them: to recover or to become.

### Introducción

La depresión, entendida por algunos especialistas como trastorno del estado de ánimo o, por otra parte, como una expresión fenomenológica de un conflicto o un rasgo de personalidad, se ha convertido en las últimas décadas en tema de reflexiones, cuestionamientos, debates y controversias, a partir de los cuales profesionales de diferentes áreas han logrado avances en torno a aspectos tales como su definición, etiología, evolución y tratamiento.

Si bien hacemos un reconocimiento a la importancia de las investigaciones que han intentado avanzar en la búsqueda de respuesta a estas cuestiones y los esfuerzos que desde distintos campos (medicina, psicología, farmacología, etc.) se han realizado a favor de un acercamiento a este fenómeno; ha de reconocerse de igual manera que la depresión se constituye en una experiencia subjetiva, y es quien la vive a quien corresponde valorarla y otorgarle un sentido particular. Es en esta vía que la experiencia subjetiva de la depresión, respecto a lo que en ella puede constituirse como aliviador, se convierte en el foco de interés de este estudio. Por tanto, la pregunta que dirigió el desarrollo de esta investigación fue *¿cuáles son las experiencias significativas que la persona reconoce le han permitido sentirse mejor ante su vivencia de la depresión?*

Para esta investigación la depresión fue pensada como una forma de experiencia cargada de significación que da cuenta de una "realidad" que se estructura y representa a manera de proposiciones explicativas valoradas por aquel que la vivencia, y de las que podrá hablar para dar razón de lo que dicha experiencia implica. En este sentido, el concepto de sentirse mejor es el resultado de las percepciones y significación que tenga cada uno de los informantes sobre la vivencia y el proceso de mejoría. Consideramos que indagar la experiencia subjetiva de la depresión puede aportar algo nuevo respecto a aquello que se reconoce como una enfermedad y frente a lo que se considera actualmente como terapéutico ante ella.

### **Materiales y método**

De acuerdo con nuestro objetivo de investigación, elegimos para el desarrollo de este estudio el paradigma cualitativo, desde un enfoque fenomenológico en tanto éste apunta más a una comprensión de los significados de las experiencias y mantiene una visión holística que intenta comprender de manera profunda el fenómeno en su contexto. El método específico de abordaje de la experiencia de las personas entrevistadas fue el estudio de casos.

En cuanto a la muestra seleccionada para la investigación, los participantes, cinco hombres y tres mujeres, entre los 23 y 55 años de edad, fueron contactados a través de convocatoria abierta en instituciones universitarias de la ciudad y por referencia de personas conocidas. Dentro de los criterios de selección estaban: ser mayores de edad, que la depresión no fuese secundaria a una enfermedad médica o alteración neurológica constatada, y haber experimentado y mantenido hasta el momento de la participación del estudio un período de mejoría respecto a la depresión.

Para la recolección de la información, se realizaron una o dos entrevistas a profundidad en las que se contó con un protocolo de preguntas, que más que una estructura fija y delimitada, pretendía ser una guía en la conversación y mantener presente el objetivo de la investigación.

Las categorías a considerar para el análisis fueron las siguientes: Explicación del origen, proceso diagnóstico, cómo vivió su depresión, elementos motivadores, qué ayudó a sentirse mejor y proceso de mejoría.

### **Hallazgos**

Aunque la pregunta del estudio se enfocaba en lo que ayudó a sentirse mejor, en las entrevistas con los informantes fue surgiendo la necesidad de contextualizar la vivencia en cada caso para mostrar el sentido de que la salida de la depresión hubiera sido por caminos distintos, según la posición que tuvieron los informantes ante el surgimiento y los síntomas, las

ayudas que buscaron y la forma particular de resolver la experiencia. Esta actitud conformará dos tendencias que trataremos de mostrar.

En cuanto a los fenómenos propios de la depresión, inicialmente, fue difícil distinguir los síntomas de una simple acentuación de rasgos que tenían desde antes. Había en los informantes una tendencia al aislamiento y a ver la vida de una forma trágica. Más lo que generó extrañeza y los llevó a consultar fue el malestar físico: el cuerpo se sentía cansado, adolorido, sin energías o ánimos para levantarse de la cama y seguir la rutina o hacer lo que les gustaba y no eran capaces de estar con los demás. Así, en su experiencia, parecía más relevante la sensación de estar bajo de energía que el estado de ánimo bajo, que tampoco faltó.

Sin embargo, para algunos, esa vivencia del dolor de la depresión dejaba de ser tan ajena al reconocer que no sólo no podían hacer cosas sino también que querían encerrarse y no saber de nadie, es decir, que algo partía de ellos. Como efecto de este deseo de no hacer o no vivir, en lo hondo de la depresión les costaba saber qué pensaban e incluso qué sentían, pues el dolor "moral" se había convertido en dolor del cuerpo, en sensación de muerte: *"así no se mate, uno mismo está atentando contra su vida, porque si no me alimento, si no duermo, si no busco la gente que, con la que usualmente comparto, entonces eso es como... un, un suicidio casi paulatino."*

A este punto profundo de la depresión le dimos el nombre de "momento mortífero". Allí se encontraron con el tipo de predisposición que los había hecho deprimirse. Para unos, lo que sentían en el cuerpo expresaba entonces lo que les pasaba por dentro pero que ellos no habían entendido o no habían sido capaces de expresar. Comprender esto implicaba que los sentimientos y emociones que habían estado ahí, como rabia, culpa, angustia, tristeza y el mismo llanto, empezaran a tener sentido. Ese sentido era que su depresión había respondido a la circunstancia en que se deprimieron, es decir, tenía que ver con lo que pasaba en su relación con los otros.

Pero para quienes lo interno era básicamente una personalidad o un organismo depresivo, la sensación de muerte tendía a materializarse, pues aunque su deseo no era morir, sentían que la muerte era la consecuencia inminente de la depresión; es decir, no era una metáfora sino el riesgo de la muerte física.

A pesar de estas dos tipos de sensación de muerte, fue necesario llegar a ese punto para darse cuenta que estaban mal, que tenían que hacer algo y que tenían motivos para reconectarse con la vida.

Los informantes encontraron algunos elementos motivadores para salir de ese momento mortífero y/ o tomar la decisión de buscar ayuda. La motivación para esto último apunta a saber sobre lo que les pasa, que en un primer momento está referido a los síntomas. Éstos invitan a preguntarse por lo que está pasando y a tomar la decisión de si dejarse morir o hacer algo para sentirse mejor. Ante esto el recurso es acudir a alguien a quien se supone un saber sobre la depresión y el poder de curarla; en la mayoría de los casos fue al médico a quien se le preguntó sobre ese malestar del cuerpo, pero esa figura del otro que sabe también fue representada en otros casos por Dios o por personajes que ofrecían un saber no validado por la ciencia.

El proceso diagnóstico, aunque fue la búsqueda de una respuesta concreta que viniera de la ciencia acerca de lo que pasaba en su cuerpo, fue también la apertura de una pregunta acerca

de sí mismos. Esto se debió, en parte, a que a veces el diagnóstico tardó años en llegar o varió según cambiaban de médico. La diferencia estaba en que para unos el nombre depresión tendía a cerrar esa pregunta, puesto que la atribuían a algo externo (aunque fuera "biológico"), mientras para otros la pregunta se trasladó a su implicación subjetiva en la experiencia.

De otro lado, los elementos que motivaron a salir se articulan en torno al ideal de sí mismo, casi siempre definido en relación a la familia. La responsabilidad de seguir siendo un buen hijo, una buena madre o el sostén de la familia, motivó a salir porque significó cumplir con lo que cada uno asumió que su familia esperaba de ellos. Para otros, en cambio, ese ideal implicaba tomar distancia de las expectativas de su familia e ir creando un lugar y un camino propios, lo que se materializaba en apropiarse de su carrera y en los recursos que les permitieron comprender lo que querían ser respecto a sí mismos, más que para los demás.

Encontrar motivaciones para buscar ayuda tanto como para decidir salir implicó un primer reconocimiento de que podían hacer algo ante la falta de interés y de sentido que los había invadido en la depresión.

### ¿Qué ayudó a sentirse mejor?

Las experiencias definidas como ayudadoras van en dos vías: las referidas a la ayuda buscada en un otro y el saber que se le supone sobre la depresión y lo que puede aliviarla (tratamientos médicos, alternativos, psicológicos, y las ayudas religiosas y/o espirituales); y aquellas actividades o actitudes que se constituyeron en un recurso propio ante la depresión.

En cuanto a las formas de tratamiento mediadas por otro, la respuesta que buscaban allí no se limitaba a lo explícito de la demanda: curar los síntomas. Recibir el medicamento era sólo una parte de esa comprensión y saber que se esperaban del médico. Por lo tanto, las ayudas encontradas en la persona del médico no se restringían al medicamento y no es posible pensar el efecto de éste aisladamente de la relación establecida con el profesional: *"Que hay un mensaje subliminal ahí, donde el psiquiatra se compromete con el paciente, pero deja al paciente suelto. El psiquiatra le dice a usted: Suicídese... 'Ah vea vea... Yo no soy la solución de sus problemas... No es que yo voy a tratar de manejar el problema tuyo... porque el problema tuyo es tuyo... no mío.' (...) 'Si su problema es su problema, venga tómese esta droguita para su problema. Cuando quiera déjela si es capaz'. Ah no... el tipo tenía la razón. Sí. El problema es mío. Y yo sé que si suspendo esta droga ya, me alivio."*

La principal función asignada por los informantes al medicamento fue la de aliviar los síntomas físicos y devolverle las fuerzas al cuerpo, lo que se convirtió en un primer paso para recobrar el impulso de hacer cosas nuevas por sí mismos, retomar su anterior rutina o buscar otras opciones de tratamiento. Ante esa ayuda encontrada en el medicamento hubo distintas posiciones: de un lado, considerar el medicamento como tratamiento único e indispensable para enfrentar la depresión, lo que lo constituye una solución mediante un agente externo. En un punto intermedio pueden situarse aquellos para quienes el medicamento no es una opción única, hay otras cosas que pueden hacerse por propia iniciativa, pero continúa ocupando el lugar de una solución externa ante la depresión. La otra posición fue considerar que el medicamento obturaba la capacidad de pensar y hacerse responsable ante su experiencia, y si bien permite una recuperación del cuerpo, no resuelve los conflictos subjetivos relacionados con la depresión: *"Pero es que uno a veces quisiera caer como en el facilismo, me tomo esta pastillita y ya, con eso es suficiente, y no. En realidad hay es que cuestionarse."*

Pero aún cuando los efectos en el ánimo no fueron peores que los de la misma depresión o fueron tranquilizantes, los informantes manifestaron no querer depender de ese elemento químico por siempre. Notar la dependencia al medicamento o la posibilidad de esto, los cuestionó sobre su autonomía, lo que no siempre implicó la decisión de suspender su uso. Para algunos continuó siendo imprescindible, y depender de él es secundario siempre que les permita sostenerse, ya que de no consumirlos se teme que se vuelva a caer en lo mortífero de la depresión. Para otros, los efectos de descomposición física que produjo el medicamento y el que éste sólo tuviera efectos sobre el cuerpo, pero no sobre el estado de ánimo, los pensamientos o la actitud, los motivó a dejarlo.

Respecto a las *terapias alternativas*, parte de su valor ayudador fue el de permitir tomar conciencia del cuerpo deprimido, lo que fue esencial para iniciar o continuar ese camino de búsqueda de ayuda, y en algunos casos para interrogarse respecto a qué de sí mismos se estaba expresando en el cuerpo.

Los *tratamientos psicológicos* ayudaron a unos porque les permitieron tener el control de los pensamientos que los deprimían, identificarlos y modificarlos. Otros tendieron a encontrar en el diálogo allí establecido un espacio para reconocer, analizar e interrogarse respecto a los conflictos personales que aparecían asociados a la depresión. Esta confrontación abrió la posibilidad de cambiar la posición que tenían ante el mundo y los otros, de encontrar ayuda en los otros y de tomar decisiones sobre ella cuando ya era asumida como algo propio. El hecho de que algunas de las personas no encontraran ayuda en este tipo de tratamientos está asociado a sus hipótesis etiológicas, a dificultades con el sistema de salud que impedían la permanencia de la relación con el profesional, y/o a una desestimación del saber y la comprensión de éste.

Al igual que en la demanda dirigida a los profesionales, en *la búsqueda de ayuda en Dios* también se evidencian dos posiciones: de un lado, se pide a Dios que saque o sane de la depresión, aunque exista un leve reconocimiento de ésta como un problema interno; de otro, lo que se pide y se obtiene de él son las fuerzas o los medios para salir adelante haciendo cosas por sí mismo.

En definitiva, lo que se exigía que viniera del otro, como agente externo, fue determinante en el hallazgo de una ayuda significativa en la respuesta que dan el profesional, el terapeuta alternativo o Dios. Las dos tendencias generales acerca de lo que esperan que les ayude a salir de la depresión, se enmarcarían en la forma como se representan lo interno. Para unos fue significativo comenzar a descubrir que la depresión tiene qué ver con algo en sí mismos. Pero cuando la depresión se atribuía a algo externo, o a un interno desubjetivado (como las fallas a nivel neuroquímico, donde no hay otra posibilidad que encontrar algo que desde afuera venga a reemplazar lo que falta o falla en su ser), para ellos fue más importante la respuesta que daba el otro en forma de instrucciones precisas y demostraciones de poseer un conocimiento sobre la depresión. Es por esto que la relación con el saber que se supone al otro fue un aspecto importante para la significación de los tratamientos como aliviadores, según se esperaba que alguien les diera (desde afuera) una respuesta acerca de su malestar, o la buscaran en sí mismos. Por esta razón fue muy significativo el que se encontrara en la relación con los profesionales un espacio donde pudiera establecerse un diálogo, que *no se tratara tanto de que el otro supiera qué debían hacer o comprendiera lo que les pasaba como de que ellos mismos fueran construyendo ese saber sobre sí.*

Los informantes realizaron también otras actividades, que designamos como recursos propios, y que les fue posible hacer cuando ya había una recuperación del cuerpo y su energía. Pero no

sólo hay referencia a actividades específicas que surgen por propia iniciativa o por sugerencia de los profesionales, sino también a algunos sucesos fortuitos. Los principales significados de estos recursos se fueron construyendo en el mismo proceso de mejoría, pero puede verse de nuevo la tendencia a elaborar ese saber sobre la depresión por sí mismos (aún a través de otros) o buscarlo afuera:

- Buscar respuestas en un saber científico sobre la depresión (buscar definiciones, criterios diagnósticos o acudir a personas que habían vivido una depresión) o un saber sobre sí mismos en relación a ella.
- Encontrar solución en lo que ocurre fortuitamente (que los problemas vuelvan atrás, o encontrarse con alguien que ayuda a darse cuenta de lo que se siente).
- Expresar o exorcizar lo que se siente, piensa y reflexiona (escribir, hacer música o hablar con otros de lo que les pasa).
- Sentir lo que pasa en el cuerpo, y hacer un reconocimiento de lo que allí se expresa renunciando a lo racional (el yoga, la danza, el ejercicio, o suspender el lenguaje).
- Pensar sobre la depresión (identificar pensamientos depresógenos e incorporar pensamientos positivos) o sobre sí mismos.
- Retomar la rutina o realizar actividades de su interés pero nuevas en su vida.
- Conocer nuevas posibilidades de ver el mundo y vivir, a partir de la experiencia de otras personas (talleres sobre depresión, yoga, hacer masajes; contacto con los otros semejantes).

Los recursos propios cumplían el papel de hacer algo frente a la depresión que privilegiaba cierta elaboración a través del cuerpo y de la búsqueda de sentido a partir de actividades que les ofrecían nuevas formas de interactuar en la realidad compartida con los demás. Estos recursos requerían de ellos un esfuerzo sostenido para ir construyendo una nueva orientación en su vida, lo que implicaba también una relación distinta con las personas cercanas luego de haber pasado por esa sensación de muerte y de aislamiento que significó la depresión.

Cabe señalar que el encuentro con los otros semejantes les ayudó, en tanto encontraron en ellos el apoyo y la compañía que consideraron necesarios durante la depresión. Pero también ayudó en la medida en que ciertos encuentros con personas específicas, permitieron explorar e interrogarse frente a sus conflictos y confrontar la habitual posición que tenían ante el mundo, con lo que se abrió la posibilidad de crear una nueva conexión con él.

Ese espacio de confrontación y cuestionamiento consigo mismos les permitió darse cuenta que ellos podían hacer algo, es decir, que la salida a su depresión no se resolvía buscando al culpable de ésta en algún lugar, ni desde una posición de víctima o de dependencia. Finalmente esta toma de conciencia de la forma como habían llevado sus vidas, de la actitud y posición asumida frente a distintas situaciones, los llevó a percatarse de la posible responsabilidad que tenían en la vivencia de su depresión y a tomar la decisión, a buscar qué era lo que por sí mismos podían hacer y a iniciar el camino de un proceso de mejoría, implicando para algunos un compromiso consigo mismos. Lo anterior también tuvo incidencia en la decisión de dejar el medicamento, por la dependencia a la que se estaban sometiendo.

### **Proceso de mejoría y explicación sobre el origen**

Estar mejor puede implicar un momento en el que se siente estabilidad y tranquilidad o un estado en el que ya no se está tan mal como en el momento que hemos llamado "mortífero". Al respecto, no todos identifican un momento exacto en el que ocurre la salida de la depresión ni un único elemento que hubiera ayudado a salir. Retomando las tendencias ya demarcadas,

el proceso que lleva a sentirse mejor puede consistir en una *transformación* o bien, obedecer al anhelo de *volver a un estado previo o recuperación*, pero antes de desarrollarlas es conveniente mostrar la relación entre estas salidas con la forma como se explicaron la depresión en sus vidas.

Elaborar una *explicación sobre el origen* hizo parte de la pregunta acerca de qué les sucedía y por qué, que acompañó toda la depresión. Al inicio, la aparición de la depresión se podía relacionar en el tiempo con ciertas circunstancias que habían implicado un cambio en sus vidas y en ocasiones había sido una pérdida evidente, como la ruptura de una relación significativa. Pero el cambio no siempre fue significado como pérdida cuando lo que entraba en conflicto era más un ideal de sí. Hasta entonces, el cambio era un simple evento externo. Lo inmotivado que seguían siendo los síntomas del cuerpo llevó a las personas deprimidas a preguntarse por lo interno, por su predisposición. Incluso cuando adoptaron como explicación de su enfermedad una basada en la versión de la ciencia, frecuentemente difería de la que les había dado el médico: Algunos la refutaron, por ejemplo, dando testimonio de que la depresión no sólo puede tratarse sino curarse, mientras otros se centraron en el factor biológico como el que mejor explicaba su caso, donde más allá de esos cambios en lo relacional estaba lo interior: sus neurotransmisores y sus genes: *"aunque muchas personas me han dicho que no, que eso es psicológico, que eso no... psicológico?, no creo que una alteración química en el cerebro se vaya, se vaya a restaurar con una forma, con una forma con un modelo de pensamiento, es imprescindible el medicamento"*.

Esta tendencia, donde sentían que la pérdida (externa) que habían sufrido no justificaba la enfermedad, se relaciona con la salida mediante la **recuperación**. El volver a un estado previo implica más un deseo de que la depresión no hubiera ocurrido y de recuperar el tiempo perdido: *"me gustaría empezarlo desde cero, tachar esa, tachar esa vida pasada, hacer borrón y cuenta nueva"*. La depresión se significa aquí como lo peor que puede pasarle a alguien y tienden a pensar que no es mucho lo que puedan hacer por sí mismos. Más bien, esperan de afuera la solución o las herramientas para poder terminar con esa "enfermedad" o por lo menos llevar una vida "normal". La mejoría que buscan es básicamente no sentir mucho dolor o sufrimiento del cuerpo, lo que consiguen, generalmente, con el medicamento, cuando en su hipótesis del origen el factor biológico es el que mejor explica su vivencia. Para éstos, aunque piensan en varias opciones para realizar en caso de que repita, aún les es difícil saber qué fue con exactitud eso que los ayudó. En otras palabras, no tienen la percepción de que ellos influyan decisivamente en la caída ni en la salida de la depresión. Por este motivo, surge el temor de que haya una recaída.

En estos casos, la predisposición se basaba en la idea de que la depresión es una enfermedad, esto es, algo incontrolable e incomprensible. Tal vez por eso, el tipo de respuesta que se daban sugería que la pregunta que se planteaban era *"¿cuándo o qué me deprimió?"* (pregunta por lo externo). En contraste, otros se preguntaron *"¿por qué me deprimí?"*, con lo que tendía a desaparecer la respuesta *"estoy enfermo"* o *"soy depresivo"*. Para éstos la respuesta aludía más bien a lo interno en el sentido de su forma particular de reaccionar ante circunstancias críticas para ellos: *"me parece que muchas veces son las cuestiones subjetivas las que influyen en lo que le está pasando a uno que de pronto algo químico, algo... que de pronto puede que en mí sí opere eso químico, no sé. Pero pienso que es muy importante como la, la parte interna, como muy subjetiva la que le ayuda a uno a salir, mejorar, o la que también hace que uno caiga en eso."*

Preguntarse por el "por qué" implicó encontrarse con su interioridad en el sentido subjetivo. Significó darse cuenta que la depresión los puso ante un dilema entre, por un lado, mantener

cierta forma de relacionarse que tenían desde antes pero que les había empezado a incomodar, y por otro, moverse hacia lo que querían ser y rechazar esa forma de relacionarse que, por demás, había sido una herencia familiar.

**Transformarse** conllevó entonces muchos cambios a nivel de la forma de ser, de pensar, de verse a sí mismos, de percibir la realidad y de relacionarse con los otros, desde donde construyeron una filosofía de vida distinta. La actitud de transformación surge a partir del darse cuenta de la responsabilidad que ellos tienen en lo que les pasa y de pensar acerca de lo que están viviendo, pensar la experiencia como un constante cuestionamiento para que eso que pasa no se quede ahí y que lo que se hace para tratar trascienda a otros campos y tenga permanencia. Estas personas encontraron en la depresión un espacio de autoconocimiento, que les permitió, a pesar del dolor, pensarse, aceptarse o cambiar esas formas de ser que les incomodaban, especialmente referidas a la posición de víctimas que habían adoptado desde antes de caer en la depresión. *"No me gustaría ser así; no me gustaría ser sin haber pasado por eso. Porque siento que eso me sirvió mucho."*

Ante la posibilidad de que vuelva a ocurrir, el hecho de haber pasado ya por la depresión les da herramientas para saber cómo afrontarla, además porque saben qué fue eso que los deprimió y qué lo que los ayudó a salir. Otros piensan que es difícil que se repita porque por la experiencia, el cuerpo les da signos de si están siguiendo las acciones y actitudes convenientes, o también porque las actitudes que se asumen ahora son distintas a las que tenían antes y que influyeron en que se deprimieran.

### Discusión y conclusiones

Uno de los principales aspectos que estuvieron presentes a lo largo de la experiencia depresiva, fue el del *saber acerca de la depresión*, referente a saber *qué es*, así como a saber *qué hacer* ante ella. Pero como se ha visto, esa relación con el saber sobre la depresión exhibía también variaciones según la posición que tomaban los informantes ante los diferentes momentos del proceso.

En los aspectos abordados en las categorías, encontramos básicamente dos tendencias, que hemos nombrado como externa o interna. La tendencia externa consiste en atribuir la depresión a un factor sobre el que no podían influir ni eran capaces de comprender más allá de lo que la ciencia o los terapeutas han dicho, sin que esta respuesta llegara a satisfacerlos del todo. Para ellos siguió existiendo una distancia entre su vivencia y el saber que los otros ofrecen, pues en el fondo no se sintieron comprendidos. Muestra de ello es que, aunque esperaban que alguien les diera una respuesta sobre su depresión, tal vez en forma de recetas (el medicamento, instrucciones) fueron ellos los que más criticaron el hecho de que el psicólogo no supiera o no comprendiera suficientemente su depresión y no fuera capaz de ayudarlo.

En esta tendencia, aunque lo que significó el diagnóstico fue enfermedad, ya no lo interpretaron como un estado sino como una característica de su ser: no sólo significó que *estaban deprimidos* sino que *eran depresivos*. Sin embargo, es de resaltar que aunque para estas personas la explicación orgánica respondía a lo extraño que se presentaba en la depresión, siempre dejaron un espacio de duda sobre la participación de su subjetividad tanto en la causa como en lo que les permitió salir de la depresión. Si bien la depresión los impulsó a preguntarse sobre lo interno, era como si la pregunta no desapareciera del todo pero no fueran capaces de responder desde ellos. El hecho de que comprendan esa interioridad como algo del organismo, algo *interno desconocido e inexplicable* desde la subjetividad, influye en

que sigan buscando respuestas afuera, sin que eso deje de ser una forma de responder ante la depresión. Cuando fue así, no leyeron que algo pasara por el cuerpo, sino que *le pasaba a él*; los síntomas lo siguieron siendo, en ese sentido de lo incomprensible y extraño a la persona deprimida. También por eso, para ellos no hay forma de saber si habrá una recaída: eso no parece estar en sus manos.

De otro lado está la tendencia a pensar que la depresión fue una experiencia que hablaba de su forma particular de ver el mundo y que está ligada al lugar que adoptaron respecto a la tradición familiar, esto es, que tenía sentido respecto a su historia. Aunque inicialmente desconocieran qué les sucedía, en esta tendencia, la ayuda que les ofrecían los otros no era la comprensión que no tenían acerca de ellos mismos. Los otros les ayudaron, más bien, porque fueron un medio para preguntarse por la relación que tenía el surgimiento de la depresión con lo que les estaba pasando respecto a las personas por quienes esperaban ser amados. De este modo, la decisión de salir implicó más una confrontación con lo que eran capaces de hacer por sí mismos, *no sólo en cuanto a la enfermedad, y por lo tanto no sólo frente al alivio de los síntomas, sino frente a la vida*. Para ellos, la depresión significó que esa había sido su forma de decir, también con el cuerpo, dolores, conflictos y preguntas que no habían encontrado salida.

Aquí lo interno no es sólo pensar que hay acciones y decisiones que pueden tomar por sí mismos para continuar al camino de salida de la depresión (que se dio en todos los casos), sino también considerar que lo que pasa en el cuerpo habla de su vivencia, no les es ajeno, y que ni sus decisiones ni escuchar la depresión depende de una sustancia o de alguien que administre desde afuera lo que se necesita para cambiar.

Una consecuencia relevante respecto a la diferenciación de las dos tendencias, es lo que se puede derivar de ese duelo que conecta dos de las dimensiones más importantes que atraviesan el proceso y la pregunta sobre la depresión, desde el origen hasta la mejoría: la relación con los otros (de la falta de amor y el aislamiento a comprenderse y ser capaz de amar) y el malestar expresado en el cuerpo (del sentirse morir al renacer).

Es de resaltar que cuando se ha hablado de muerte aquí no ha sido en un sentido necesariamente negativo. Se observa que en la mayoría de los casos fue necesario llegar a ese punto de fondo para darse cuenta que estaban mal y que tenían que hacer algo con eso que les pasaba si no querían morir. Lo que llamamos "momento mortífero" fue el límite en que tuvieron que responder ante lo que les pasaba, lo que se dio inicialmente como una respuesta del cuerpo. Era allí donde se había expresado la muerte pero también el lugar de donde emergió la necesidad de tomar una decisión por la vida.

A partir de entonces se inicia el proceso de darse cuenta de lo que se trataba la depresión en cada caso y de las decisiones que acarrearía la salida. La solución que se sigue buscando puede ya no limitarse al cuerpo físico adolorido y en riesgo de muerte, sino ampliarse a una elaboración y toma de conciencia de lo que se manifiesta en el cuerpo teniendo en cuenta su dimensión simbólica. Ello significa trascender la separación cuerpo-mente en cuanto a los síntomas y, en la misma vía, darle sentido al cambio aparentemente externo. El saber que se desprendía de aquí dependía en buena medida de encontrarle un sentido a los síntomas de la depresión, y no entenderlo sólo como un dolor físico.

Se plantea aquí que el giro que puede tener lugar en la depresión es el paso *de lo literal de los síntomas*, (que significaban no querer saber de nadie y cortar ese vínculo con su historia y con los otros) a *lo metafórico en la salida de la depresión*. Adicionalmente, vale señalar que el darse cuenta para llegar a tomar una decisión efectiva para salir de la depresión, no significó

un mero ejercicio de conciencia y voluntad. Allí debía seguirse elaborando la experiencia, tanto a partir del pensamiento y el hacerse consciente como de la comprensión de sí mismos mediante el cuerpo, escuchando lo que el cuerpo les decía ahí donde la razón era insuficiente. En ese sentido, aliviar los síntomas puede significar callar lo que la depresión quiere decir. No se trata de desestimar el dolor físico sino, por el contrario, de abrir posibilidades para que ese dolor manifestado en el cuerpo no se literalice en una muerte material, que se convierta en una metáfora legible del estado interno de quien se deprime para que de esa experiencia de muerte pueda surgir una conexión renovada con la vida. La depresión podría ser, por lo tanto, un dolor inevitable pero necesario como movimiento psíquico.

Por supuesto, para que esto suceda, es conveniente contar con una disposición del profesional cuando lo que se le reclama *es una escucha y un reconocimiento de la subjetividad* de quien consulta, y con esto, de la responsabilidad y la libertad a la hora de decidir. Pero lo crucial sigue siendo el reconocimiento que hace la persona de su implicación subjetiva en la experiencia, en las decisiones que está dispuesta a tomar, hasta dónde se atreve o puede preguntarse o responder desde su depresión. En otras palabras, es el saber que construya sobre sí misma a partir de esa vivencia.

¿Cómo responde esta perspectiva sobre la depresión a nuestra pregunta de investigación? Como lo anotamos anteriormente, salir de ahí sabiendo que no se va a volver a caer depende mucho de haber salido transformado. Y esa transformación no se dio cuando la persona leyó en su experiencia que la sensación de muerte y de desconexión con el mundo eran síntomas de los que había que deshacerse y no una metáfora de su estado interior. Aunque tanto la recuperación como la transformación son vías para salir, en ambas tendencias hubo indicios de que *sólo callar la depresión no fue ayudador a largo plazo*; sin embargo, este pudo ser el efecto de algunos tratamientos, especialmente el farmacológico, para quienes el medicamento fue la respuesta que les ayudaba a evadir la pregunta por lo que sentían que fallaba en sí mismos. Lo anterior se evidencia en el temor a la recaída y en la decepción que sintieron quienes se ubicaban en la tendencia externa, al momento de percibir que la respuesta del otro siempre era insuficiente para devolverles lo que ellos sienten que les hace falta para vivir una vida "normal".

Es desde este punto de vista que el **duelo** no tiene que concebirse sólo como proceso de aceptación de una pérdida de un objeto físicamente palpable, sino como proceso de elaboración del sentido que tiene ese hecho en la vida de alguien. Esto es lo que no es tan fácil percibir para la persona deprimida, pero es también la experiencia de la que puede aprender algo de sí misma.

Si la depresión no tiene que ser una forma "patológica" de duelo o la versión maladaptativa de la tristeza sino que puede significar una necesidad de la psique de expresar y elaborar una pérdida, habría que decir que hay algo que escuchar en la depresión. Si la circunstancia no parece justificar los síntomas, siempre está la opción de que aún no se haya dado el espacio para comprender lo que la depresión tiene por decir. Escucharla realmente podría no tener que llevarnos a negar defensivamente la muerte que expresa, sino más bien a comprenderla como un proceso de transformación simbólica y a procurar que esa muerte no se literalice.

#### Nota

Artículo derivado de la investigación "Experiencias que ayudaron a sentirse mejor ante la vivencia de la depresión" financiada por el CODI a través del CISH, realizada como requisito parcial para optar al título de Psicólogos. (Colombia).

## Agradecimientos

A la Universidad de Antioquia, al Centro de Investigación de la Facultad de Ciencias Sociales y Humanas y al CODI (Colombia), nuestro más sincero agradecimiento por su aval y patrocinio.

## Bibliografía

1. ALONSO- FERNANDEZ, Francisco. *Claves de la depresión*. Cooperación Editorial. España, 2001.
2. Conferencia "Qué hay de nuevo en Depresión" Departamento de Psiquiatría, Facultad de Medicina, Universidad de Antioquia. Agosto 27 de 2004. Carlos A. López, Diana Restrepo, Juliana Gómez y Jorge Olguín.
3. GRANGER, Bernanrd. "¿Es la depresión una moda?" Barcelona: *Mundo Científico*. No. 246, Jun. 2003: 34-39.
4. LUYTEN, Patrick; LOWYCK, Benedicto y CORVELEYN, Jozef. "Teoría y tratamiento de la depresión: ¿Hacia su integración?" *Persona: Revista de la Facultad de Psicología*, Lima. N° 6, Dic. 2003: 81-97.
5. MANBER, R.; HITT y otros. "Patient's perception of their depressive illness". En *Journal of psychiatric research*. N° 37. 2003: 335-343
6. MOORE, Thomas. *El cuidado del alma: guía para el cultivo de lo profundo y lo sagrado en la vida cotidiana*. España: Ediciones Urano. 1993.
7. (Sin autor), "Depresión". En *Revista Semana*. 18 de agosto de 2003: 20-28.
8. *Revista Prisma*. Montevideo. N° 18, Dic. 2002.

## cuando la institución educativa se vuelve un "ajeno inquietante" para los jóvenes

notas sobre algunas condiciones de vulnerabilidad en nuestra sociedad

**ALEJANDRO KLEIN**

Postdoctorado en la PUC-Río. Dr. en Servicio Social por la Universidad Federal de Río de Janeiro. Psicólogo-Psicodramatista-Psicoanalista de Grupo. Investigador do Grupo de Pesquisa "Transversões" de la UFRJ. Docente e investigador de la Facultad de Psicología de Uruguay.

### Resumen

Este artículo se propone plantear algunas dificultades que surgen en la posibilidad de algunos jóvenes de poder integrarse al sistema educativo, transformándose en "estudiantes". Enfoque de la denominación de "estudiante" a una operatoria subjetiva- institucional compleja que requiere procesos cognitivos y emocionales específicos, facilitados u obstaculizados por el contexto socio-cultural. En este sentido se desarrolla la hipótesis de estos obstáculos están especialmente presentes desde el neoliberalismo. Una de las características del mismo es que impone el pasaje desde un contrato social inclusivo propio de la modernidad keynesiana a otro donde el adolescente pasa a ocupar un lugar social de exclusión. De esta manera propongo una reformulación de la problemática de la deserción estudiantil, donde destaco que más que hablar de procesos de deserción (es decir: procesos de salida desde la institución educativa) habría que señalar la imposibilidad de estos jóvenes de transformarse en estudiantes (es decir: la ausencia de procesos de entrada simbólicos a la institución educativa). Desde aquí relaciono estas hipótesis a procesos de vulnerabilidad que en realidad alcanzan un abanico más amplio de situaciones.

**Palabras clave:** institución educativa, deserción estudiantil, vulnerabilidad

De parte de los educadores se generan así condiciones crónicas de agobio y fatiga y por parte de la institución una sensación de exceso por la cual se debilita la estructura de acogida a los jóvenes... Un efecto es que institucionalmente pasa a prevalecer un sentimiento de desborde, de incompreensión, de hartazgo. Desde aquí se arma un funcionamiento institucional tal, que pasa a predominar lo instituido-metonímico sobre lo instituyente-metafórico, retomando la distinción de René Kaës (1993) entre institución metonímica y metafórica.

Podría pensarse que la institución educativa va perdiendo capacidad de tolerancia, de cambio, de innovaciones, existiendo una acentuación de lo "metonímico" en detrimento de aspectos metafóricos. Ya no hay contradicción entre ambos aspectos como señalaba Kaës, sino anulación de un aspecto en detrimento del otro.

Aquellos valores educativos tradicionales como transmisión de conocimientos, consolidación de ciudadanía, inclusión, racionalización y autocrítica, se hacen cada vez más difíciles de sostener (Lewkowicz, 2004). De esta manera la institución educativa pasa a estar aquejada de una dolencia de basamentos que le hace "temer" permanentemente y encuentra su resguardo en "eliminar" todo lo que sea extraño o transgresivo. O sea, cada vez se puede tolerar menos lo adolescente de los adolescentes.

Al mismo tiempo muchos profesores presentan dificultad en poder encontrar un sentido y una justificación en la transmisión de los valores educativos. A esto se une el hecho de que muchos jóvenes reclaman de sus docentes antes que una actividad educativa el poder sostener con ellos confrontación generacional (Winnicott, 1972), función que estimo de primera necesidad para el crecimiento de los jóvenes (Klein, 2004). De allí que me pregunto si parte de las dificultades y quejas que los profesores y las directoras tienen de sus alumnos, no pasará porque enfrentan —les guste o no— más que un vínculo educativo, otro (que en principio no les compete) de confrontación generacional. De allí que quizás éso que éstos perciben como desafío, insolencia y falta de respeto, puede ser, desde sus alumnos, una parte del proceso de crecimiento.

Trabajando con jóvenes desertores del sistema educativo percibo que difícilmente comprenden por qué han dejado de estudiar. Sólo transmiten una resignación ante esa situación expresando una cultura que no es la cultura del raciocinio, o del sentido común, de la anticipación o la planificación, sino del exabrupto, donde las cosas suceden sin que uno sepa bien por qué.

Aventuro entonces la hipótesis de que estos jóvenes no se fueron de la institución educativa: es que en realidad nunca entraron. Es decir, fueron físicamente, pero en realidad nunca entraron subjetivamente. Si estos jóvenes se pueden ir tan fácil, entonces, de la institución educativa es porque en realidad nunca entraron totalmente a la misma en condición de "estudiantes".

Estamos ante una adolescencia ajena a lo que P. Aulagnier (1991) llamaba la anticipación del porvenir o la construcción del futuro. Es una construcción de lo adolescente que se construye y reconstruye permanentemente dentro de un ciclo agotador (Klein, 2006).

Entonces prevalece esta situación: ya no queda claro que lo que tiene que hacer una persona joven es estudiar. Sugiero considerar que lo que algunos profesores toman como dificultades de aprendizaje, o falta de voluntad, refleja a mi entender fragilidad del lazo social (Klein, 2006). Una expresión es que estos jóvenes pueden estar y pueden no estar en la institución educativa. Muchas veces es lo mismo. Pero tal vez "fragilidad" sea una palabra que no describa suficientemente bien, lo que parece ser, por momentos, más bien ausencia de lazo social. Con todo lo que esto implica nivel subjetivo, la cotidianeidad, el futuro y los vínculos... De esta manera se hecha de menos un sentido de continuidad existencial, de *self* integrado, y de confianza básica.

Cuando se trabaja con estos jóvenes se ve que no es que "estén en otra" como despectivamente se dice, ni que sea lo mismo que estén o no estudiando, como irresponsablemente se dice. Hay una inmensa carga de culpa y de agobio con respecto al hecho de no estar dentro de la institución educativa, lo que es un estigma muy fuerte. No es que sean "irresponsables", ni que mantengan esa famosa distancia que se preconiza que el joven instala con el mundo adulto. Se trata no de un problema educativo, sino de un problema de forma de construcción de subjetividad en nuestra sociedad hoy. Tampoco tiene que ver con el "desencanto", porque los jóvenes no transmiten que están decepcionados con la institución educativa, sino que lo que sucede es que no saben como "entrar", no saben donde están las rendijas para tal fin.

Para un joven de clase media sólida la "rendija" de entrada está en cumplir un horario, estudiar lecciones, e intervenir en clase y no pasarse de la "raya" evitando suspensiones. Esa es

la regla, la que se conoce y acata. Pero para estos muchachos (de clase media empobrecida o carentes) la regla no está a su disponibilidad. De ahí que no pueden apuntalarse (Bernard, 1991) en la institución educativa porque no ofrece base de sostén para nuevos tipos de construcción de subjetividad que se vienen dando desde el neoliberalismo (Klein, 2006). Una de sus características es la pérdida del júbilo de crecer, instalándose en su lugar una sensación crónica de agobio y pérdida.

Creo entonces que el tema de la exclusión estudiantil está mal planteado. No hay exclusión, porque de cierta manera como ya señalé, no hay inclusión efectiva. Reitero algo que me parece fundamental: lo que estamos viendo en el material clínico es que los adolescentes no reniegan ni rechazan la institución educativa, por el contrario, para ellos sigue siendo un lugar importante. Es decir, el adolescente va al local de estudios, ocupa un lugar, pero ya no sabe ni puede cumplir con los rituales que lo transformen en alumno. De esta manera no puede incorporar las tareas subjetivas que implican poder concentrarse, sentarse, estudiar. Al mismo tiempo lo que falla en esta tarea de convertirse en estudiante es que muchas veces sienten que no tiene ningún sentido lo que hacen.

Quisiera destacar que junto a estos fenómenos surge una acentuación de exigencias desde la institución liceal: cada vez más materias, más horas de estar sentados, más necesidad de concentración intelectual y estándares cada vez más inalcanzables... En la medida que la institución educativa siente que está fallando, que sufre un malestar institucional, creo que robustece más sus mecanismos internos de exigencia, redoblando de cualquier manera su propia vulnerabilidad. Situación correlativa a la exigencia cada vez mayor que se constata en el mercado laboral (Castel, 1997). Cuanto menos trabajo existe, más se amplían los requisitos de ingreso al mismo, con lo que la institución educativa aumenta aún más los suyos, generándose una cadena de retroalimentación interminable.

En la medida en que la institución educativa no puede admitir y sostener adolescentes dentro de su espacio, si no se convierten en estudiantes los expulsa. Pero cuando son expulsados de la institución educativa tampoco pueden ingresar al mercado laboral, lo que lleva a un incremento de los adolescentes en situación de calle, es decir jóvenes que ya no están en ningún lugar.

Como ya indiqué, lo que transmiten los profesores y los directores es que la institución está desbordada, pero al mismo tiempo creo que está vacía. El vacío lo ubico en esta dificultad en generar espacios de recepción. Quiere decir que la lógica institucional es que antes de cualquier integración al sistema educativo ya hay expulsión del mismo. O mejor: no hay entrada.

Hay que señalar que de parte de los adolescentes no saber como entrar o como permanecer en la institución educativa, no deja de tener consecuencias que pueden llegar a ser graves. En mi trabajo con jóvenes percibo una sensación de insatisfacción entre lo que se debería haber hecho desde el ideal de estudiante y del estudio y lo que efectivamente se puede hacer, que muchas veces se cursa por medio de una ansiedad vaga y difusa. Sumidos en la comparación entre lo que deberían hacer (estudiar) y lo que efectivamente hacen (ser "desertores") y atrapados dentro de una estructura mental y social de comparación que los denigra, ya no hay júbilo adolescente ni lo puede haber. Hay aquí un punto de extrema vulnerabilidad: jóvenes cada vez más tristes o cada vez más furiosos o cada vez más sintiendo algo que no pueden describir. Lo que aparece- y que me preocupa cada vez más-son estructuras de vacío, de nada, de desmantelamiento psíquico. Por eso entiendo que hablar de vulnerabilidad social como si

las condiciones psíquicas no se modificaran es una falacia que me llama la atención. La vulnerabilidad es una y al mismo tiempo: social, económica y psíquica.

Pero vulnerabilidad no es sólo no poder entrar a la institución educativa, lo es también integrarse al mismo a través de la hiper-adaptación. Punto que tampoco se toma en cuenta al tender a enfocar la vulnerabilidad sólo desde el menos (y la carencia) y no teniendo en cuenta que la misma también se expresa a través del exceso y la super-exigencia.

Se une a esto un sentido del mandato. Como me decía una joven: "Si los profesores mandan estudiar, estudio pero no participo en clase, pienso en otra cosa..." O sea, si se estudia es porque hay mandato de estudiar. El estudio ya no es una decisión personal o autónoma. Tiene que haber entonces una presencia permanente que se ha vuelto imprescindible. Esto lo he visto mucho en clínica, los muchachos no estudian si no están la madre o el padre presentes.

Esta falta de iniciativa revela antes que nada, creo, la falta de un espacio interno que de cuenta del poder estudiar al no haber introyección del "estudio" como parte del mundo mental mismo. Estudiar aparece siempre como un espacio externo, vinculado al mundo adulto y las reglas. El estudio, como todo lo que tenga que ver con institutos sociales, está siempre afuera sin que se pueda internalizar.

Y más aún, creo que es la institución educativa misma la que no se puede internalizar. Por eso cuando estos jóvenes se van de la institución educativa la misma se termina. No hay supervivencia de la institución educativa, si no es adentro de la institución educativa. Es el punto en que la institución educativa arma su espacio de eficacia pasando a funcionar con características de internado, es decir, características de vigilancia y atención permanente. Se siente, y con no poca razón, que hay que exacerbar el "adentro" de la institución educativa lo máximo posible.

Son instituciones educativas de mil materias, con corrección de deberes incluidos, dentro de un panóptico inagotable y que sin embargo parece -desde esta situación- inevitable. En este sentido conservan el rótulo de institución educativa por una operatoria anacrónica, pero son otra cosa, desde el momento en que entendieron que la eficacia educativa se une a la presencia permanente.

No digo que esta situación esté ni bien ni mal. Pero sin duda tiene un efecto de estructura. Pero tengamos en cuenta otro factor de vulnerabilidad, no de aquéllos que no "entran" a la institución educativa, sino de los que repiten crónicamente el año escolar. Como una forma terrorífica de la compulsión a la repetición, observo que muchos jóvenes se conducen desde un mensaje horrendo: "estoy condenado a repetir". Entonces el tema no es sólo la repetición estudiantil, sino una subjetividad que se instituye a través de la "condena" como un enunciado severo y dogmático (que sin duda se relaciona a formas prevalentes de un Superyo-Sádico — Klein, 1997 a y b—) que no permite ningún tipo de conflicto o discusión.

Quisiera entonces sugerir que la vulnerabilidad implica no sólo que hay instituciones educativas donde los jóvenes no se transforman en estudiantes o sufran una operatoria de hiperadaptación, sino que incluye esta transformación en repetidores crónicos.

Hay además un factor ligado a todas estas situaciones, que ya mencioné y que retomo ahora: ya no está claro que el estudio sirva para el futuro. Si se vive al día es que ya no hay futuro que permita catectizar el esfuerzo del estudio (Klein, 2006). Es cierto, el esfuerzo está vigente aún

pero probablemente se ha vuelto incomprendible. Y no sólo para los jóvenes. El tema es el sostén del "porvenir" como construcción social fundamental y las consecuencias que acarrea su destitución (Klein, 2006). Que no son pocas ni mucho menos banales.

Reitero lo ya dicho: creo que un aspecto fundamental de la vulnerabilidad social es que, permítaseme la redundancia, la misma no es sólo social. Es, al mismo tiempo, subjetiva, comunitaria y familiar. De esta manera resalto en determinados jóvenes la poca, nula o deficitaria capacidad de retención que presenta la institución educativa para mantener la categoría subjetiva del "estudiante". Otras formas subjetivas (el repetidor, el interno) parecen ir tomando su lugar. Producto de la anulación del porvenir como forma social propia del neoliberalismo, pero también por otros factores cognitivos, económicos y subjetivos, como la pobreza de los desapuntamientos y el aburrimiento y el desconcierto como expresión de la anulación de la política de tanteo en la adolescencia (Klein, 2004). Desde aquí, cualquier descripción del adolescente como rebelde o inconformista, desencantado o apático es insuficiente. El joven está furioso o siente que ha decepcionado. Cualquiera de esas opciones da margen a la vulnerabilidad.

Mi posición es que la institución educativa sigue siendo un elemento fundamental dentro de una política de resiliencia y de salud mental. Pero no desde la figura del repetidor-derrotado ni la del confinado-sometido. Del trabajo con adolescentes estoy convencido que es fundamental que los profesores comprendan que antes que educar tienen que establecer un vínculo con sus alumnos, una de las formas en que estos se podrán convertir en "estudiantes".

Para los jóvenes el profesor no es sólo representante de un saber sino un adulto que tiene un vínculo para ofrecer y construir. Esto incluye la necesidad de confrontación generacional. Si la confrontación generacional (Winnicott, 1972) permite el crecimiento y la madurez, creo que la misma es tan imprescindible como la necesidad de aprender. Los motivos no los puedo desarrollar aquí, pero reitero: al profesor se lo necesita primero y antes que nada para hacer confrontación generacional y no sólo para aprender.

La institución educativa mismo a veces parece ser un "ajeno inquietante" para los jóvenes. Para la misma el adolescente está desinteresado de la misma, pero por el contrario, creo que está más interesado que nunca en ella como lugar distinto de "encuentro" con adultos que puedan ser maduros y les permitan un diálogo que es imprescindible.

Entonces los jóvenes quieren ir muchas veces a la misma no a estudiar sino a permanecer. Sería interesante (no creo que sea un imposible) pensar en una estructura no académica dentro de la institución educativa, donde los adolescentes puedan concurrir manteniendo actividades libres no académicas, sin obligación de asistencia. Un "espacio adolescente" donde más que calificaciones se ofrezca un espacio de contención y recepción sin que éso les implique la exigencia de tener que ser estudiantes. Desde aquí se trata de restaurar un proyecto educacional, revisando —por cierto— estrategias y metodologías educativas que deberían evitar nostalgias que llevan a callejones sin salida y a confusiones que no garantizan nada.

### Referencias bibliográficas

1. AULAGNIER, P.: *Construir (se) un pasado*. Argentina, Revista de APdeBA Vol XIII-Nº 3,1991.
2. BERNARD, M.: *Introducción a la lectura de la obra de René Kaës*. Argentina, Asociación Argentina de Psicología y Psicoterapia de Grupos, 1991.

3. CASTEL, R.: *Las metamorfosis de la cuestión social. Una crónica del salariado*. Argentina, Paidós, 1997.
4. GRINBERG, L.: *Introducción a las ideas de Bion*. Argentina, Paidós, 1986.
- KAËS, R. *Realidad Psíquica y sufrimiento en las Instituciones*. Argentina, Paidós, 1993.
5. KLEIN, A. et al.: *Hacia una metapsicología de lo comunitario. Estrategias con grupos adolescentes*. Uruguay, Roca Viva, 1997a.
6. KLEIN, A. et al.: *De la paradoja al grupo: el adolescente a nivel hospitalario y comunitario*. Uruguay, Roca Viva, 1997b.
7. KLEIN, A.: *Escritos psicoanalíticos sobre Psicoterapia, Adolescencia y Grupo*. Uruguay, Psicolibro-Waslala, 2003.
8. KLEIN, A.: *Imágenes del adolescente desde el psicoanálisis y el imaginario social. Condiciones de surgimiento de la adolescencia desde la modernidad y el disciplinamiento adolescentizante desde la pos-modernidad*. Uruguay, Psicolibros, 2002.
9. KLEIN, A.: *Adolescencia, un puzzle sin modelo para armar*. Uruguay, Psicolibro-Waslala, 2004.
10. KLEIN, A.: *Adolescentes sin adolescencia: Reflexiones en torno a la construcción de subjetividad adolescente bajo el contexto neoliberal*. Uruguay, Psicolibro- Universitario 2006.
11. LEWKOWICZ, I.: *Pensar sin estado. La subjetividad en la era de la fluidez*. Argentina, Paidós, 2004.
12. WINNICOTT, D.: *Realidad y Juego*. España, Gedisa, 1972. Dic. 2002.

### Datos del autor y contacto

Alejandro Klein

Postdoctorado en la PUC-Río. Dr. en Servicio Social por la Universidad Federal de Río de Janeiro. Psicólogo-Psicodramatista-Psicoanalista de Grupo. Investigador do Grupo de Pesquisa "Transversões" de la UFRJ. Docente e investigador de la Facultad de Psicología de Uruguay.  
[alejandroklein@hotmail.com](mailto:alejandroklein@hotmail.com)